

# Biblioteca Centro Occidental

Todo el amor reunido

Róbinson Úsuga Henao





BIBLIOTECA CENTRO  
OCCIDENTAL:  
TODO EL AMOR REUNIDO

RÓBINSON ÚSUGA HENAO

***Biblioteca Centro Occidental: todo el amor reunido. Medellín: Fondo Editorial Comfenalco Antioquia, 2021, 92 pp. Autor: Róbinson Úsuga Henao. Varias voces.***

© 2021 Fondo Editorial Comfenalco  
Antioquia  
Comfenalco Antioquia  
Alcaldía de Medellín  
Medellín, Colombia

Primera edición:  
Medellín, agosto de 2021  
Tiraje: 500 ejemplares

**Corrección de textos y edición  
de la publicación**

Joan Andrés Guzmán  
César Augusto Bermúdez Torres

© 2021 Editorial Planeta Colombiana S. A.  
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá D.C., Colombia

ISBN: 978-958-8479-25-5

**Corrección de estilo**

Vanessa Motta

**Diseño y diagramación**

Haidy García Rojas

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

CONVENIO:

**Comfenalco**  
Antioquia

 SISTEMA DE  
BIBLIOTECAS  
PÚBLICAS DE  
MEDELLÍN

**bpp** BIBLIOTECA  
PÚBLICA  
PILOTO

  
Alcaldía de Medellín

## CONTENIDO

<i>Presentación</i>	7
<i>Prólogo</i>	9
<i>Y así empezó todo...</i>	13
<i>«El lugar se hizo tan cercano, que era como llegar a tu casa...»</i>	19
<i>La biblioteca, un espacio para el encuentro</i>	23
<i>Rasgando libros</i>	27
<i>A descubrir la ciudad</i>	29
<i>El hambre de frente</i>	31
<i>El mundo quería conocerla</i>	33
<i>El amor entre libros</i>	37
<i>Cantera y los novatos de las letras</i>	39
<i>El legendario dragón de espuma</i>	45
<i>Recuerdos del barro</i>	49
<i>Lamentaciones de guerra</i>	51

<i>El naufragio de la biblioteca</i>	57
<i>«¡Abren la biblioteca o cerramos la calle!»</i>	61
<i>Hoy, cuando pienso en la biblioteca...</i>	65
<i>La historia continúa</i>	69
<b>Epístolas a la Biblioteca Centro Occidental</b>	<b>73</b>
<i>Escapar</i>	75
<i>Medellín, 21 de diciembre de 2020</i>	79
<i>Gente con mucha vitalidad</i>	81
<i>Fragmentos de un tesoro</i>	83
<i>Mi querida Biblioteca Centro Occidental...</i>	87

## PRESENTACIÓN |

La Biblioteca Pública Centro Occidental colonizó con su llama las colinas y cerros de la Comuna 13 de Medellín desde 1995 y se ha convertido en un símbolo de resistencia en la Zona. Con su calor ha iluminado y acompañado a la comunidad en los tiempos más adversos y difíciles de su historia. Son más de 25 años en los cuales «La Centro Occidental», como le dicen los usuarios, ha impactado con su proyecto bibliotecario a la comunidad y ha contribuido con la educación, la cultura y la formación permanente de los niños, niñas, jóvenes, adultos y adultos mayores que la visitan con frecuencia.

«La Centro Occidental» no solo queda estacionada en el barrio El Salado, también se ha transformado para recorrer cada uno de los rincones de la Comuna con sus servicios. Los usuarios manifiestan que en este espacio encontraron confianza, libertad y cariño; es un lugar esperanzador que se convirtió en un nido protector para sus habitantes ante tantas adversidades. Cuando la biblioteca llegó a la Comuna, significó para muchas personas un oasis que ha contribuido de manera importante a su calidad de vida.

En un territorio donde la institución bibliotecaria ha recibido de sus habitantes múltiples muestras de afecto y defensa, la alianza entre

Comfenalco Antioquia, el Sistema de Bibliotecas Públicas de Medellín y la Biblioteca Pública Piloto, le ha apostado a mantener y conservar este espacio para la ciudad, con un pasado meritorio y un futuro prometedor.

Esta publicación recoge, precisamente, los testimonios de algunos usuarios que han sido impactados con los servicios bibliotecarios, los cuales han contribuido al desarrollo. Es el resultado de encuentros y conversaciones con el escritor y periodista Róbinson Úsuga Henao, quien también fue tocado en su vida por «La Centro Occidental». A través de distintas voces, el lector encontrará momentos vividos por los usuarios que disfrutaron, y disfrutaron, de los programas y las páginas de los libros que han sido compañía en los momentos más aciagos y felices.

El libro, *Biblioteca Centro Occidental: todo el amor reunido*, está dedicado a los habitantes y líderes de la Comuna 13 de Medellín, a los compañeros de trabajo que dejaron su alma en la Biblioteca, y a las organizaciones e instituciones que nos han acompañado durante todos estos años, dejando no una, sino, muchas huellas en este territorio.

**JUAN RAFAEL FERNÁNDEZ PÉREZ**

Coordinador de la Biblioteca Centro Occidental



## PRÓLOGO

# BIBLIOTECA CENTRO OCCIDENTAL TODO EL AMOR REUNIDO

*Esta es la historia de la Biblioteca Centro Occidental,  
contada por la gente que la habitó, la amó, y compartió con ella  
sus veintidós años de resistencia y transformación cultural  
en la Comuna 13 de Medellín.*

Los antioqueños tenemos fama de habladores. Y si conocemos el caso de la Biblioteca Pública Centro Occidental, en el barrio El Salado de Medellín, esa reputación quedará plenamente confirmada, porque como dicen sus usuarios, desde 1995, cuando esa pequeña torre abrió sus puertas por primera vez, nunca cumplió el designio oficial de ser solo un lugar silencioso para leer libros, sino al que también se iba a conversar, parlotear, contar chistes o echarse cuentos, según el momento. Había muchachos que iban nada más a observar a las colegialas, mientras ellas

hacían sus tareas, menester que les resultaba imposible cuando estaban en grupo. Hablar, hablar y hablar; siempre había algo que contarse.

Durante mucho tiempo, el lugar, entre otras cosas, sirvió para hacer nuevos amigos. Y en vacaciones no había en el barrio un sitio más idóneo adónde ir a platicar. ¿Por qué no irse a la biblioteca? Allí siempre estaba algún conocido. Y si no, los empleados del lugar eran buenos interlocutores. En cada conversación nos recomendaban un libro, y podíamos llevar ejemplares nuevos a la casa, cuidando siempre de no derramar en sus hojas la *aguapanela* del almuerzo, y que no cayeran bajo la cama, donde serían «comidos por los ratones».

En mi experiencia, los libros me hicieron más conocedor del mundo y alimentaron mis ganas de expresarme, de ir a la universidad. Fui un aprendiz más en los talleres de literatura de la biblioteca. Y estudié periodismo para ir por más. Pasaron diez años... Quince años... Y en agosto de 2015 recibí una llamada inesperada. Me reuní con alguien que no recordaba, Juan Rafael. Tomé café en su oficina, en el edificio de Comfenalco de La Playa. «La Biblioteca Pública Centro Occidental cumple veinte años este diciembre», dijo, y me invitó a escribir un libro de entrevistas que deseaban publicar. «¡Veinte años!», asombro en mis pupilas, un palpitar. Entonces repasé mi vida: tenía 14 años de edad cuando llegó a mis días la biblioteca, soñaba con ser pintor, y, veinte años después, recibí con gratitud la invitación para escribir un libro lleno de entrevistas, de recuerdos y testimonios.

Con nostalgia me reencontré con mis viejos amigos y conocidos. Con amor profundo recorrí la historia del lugar que muchos de nosotros amábamos más que a ningún otro en El Salado, aquel barrio de la Comuna 13. Recordé que en ese mismo año, 1995, el Metro de Medellín estaba nuevecito, y empezaba a mover pasajeros de un lado a otro de la ciudad, que no teníamos teléfonos celulares y el acceso a un computador era limitado. ¡Dios, en el barrio ni siquiera había dónde sacar una fotocopia!

Caminé esas antiguas calles y vi los cambios en el ambiente: edificios todavía nuevos, como el gran colegio La Independencia, el Jardín Infantil, la Casa de Gobierno y del Adulto Mayor, la nueva UVA (Unidades de Vida Articulada) que se venían construyendo, y un gimnasio al aire libre.

Todas esas transformaciones físicas estaban sucediendo alrededor de la Centro Occidental, la biblioteca que fue el origen de todo para muchos de nosotros; que amplió los imaginarios entre miles de niños, niñas y jóvenes de la Comuna; que en tiempos de guerra prestaba libros, nos protegía y seguía celebrando el día de los abuelos; que no cerró sus puertas a la comunidad pese a la soledad, las explosiones y la violación masiva de los derechos humanos en el territorio. La biblioteca a la que muchos niños y niñas llegaban sin bañarse, donde un dragón gigante de espuma creó su propia leyenda. El espacio sobre el cual algunos profesionales de hoy exclaman: «yo a esa biblioteca le debo la mitad de mi vida».

Todas esas voces se encuentran en este libro, escrito a partir de conversaciones desarrolladas en el marco de la celebración de los veinte años de la Biblioteca Pública Centro Occidental, emblema de resistencia cultural y transformación de imaginarios, junto a otros actores socioculturales en el barrio El Salado de San Javier, lugar de encuentro donde se forjarán nuevos sueños y miles de conversaciones.

**RÓBINSON ÚSUGA HENAO**



## Y ASÍ EMPEZÓ TODO...



**ANDRÉS FELIPE ÁVILA ROLDÁN.** Educador y bibliotecario, algunos le dicen *Pipe*:

La construyeron frente a mi casa, en momentos en que yo era adolescente. Tenía 15 años y mi vida transcurría como en una especie de encierro. Los escenarios en los que crecía eran poco amigables para un pelao de mi edad. Y al mismo tiempo en que vivía ese encierro, empezaba a hacerme preguntas, porque veía que la vida no era solamente ir al colegio y mirar la televisión. En esas llegó la biblioteca.

**YICEL QUINTERO.** Educadora, una de Las Quintero:

El barrio no tenía espacios para nada. Era un simple conjunto de casas, muy humildes, una parroquia y un par de escuelas. No sucedía nada. En diciembre y a mitad de año llegaban grupos de voluntarios a hacer vacaciones recreativas en la iglesia y la cancha de fútbol, pero no había un espacio donde poder, de manera sana, llegar a reunirse con un grupo de personas afines. De modo que mi vida era algo aburrida y, sencillamente, transcurría del colegio a la casa y de la casa al colegio. ¡Nada más que eso!

**PEDRO AGUDELO.** Excoordinador de la Biblioteca Centro Occidental:

Tuve la oportunidad de empezar como coordinador de la biblioteca sin haberme graduado de la universidad. Tenía 33 años y me desempeñaba como auxiliar bibliotecario en el barrio Castilla, aquí mismo en Medellín. Empecé mi carrera muy tarde, pues una vez terminé el colegio me puse a trabajar en una empresa de textiles: se llamaba Colibrí. Es duro trabajar en ese tipo de empresas; cuando te ha tocado, es cuando valoras otros trabajos, como el de bibliotecario. Terminé estudiando bibliotecología por la relación que existía entre los libros y las bibliotecas. A mediados de los años noventa, la carrera de bibliotecología era poco elegida en las universidades.

Los líderes sociales de los barrios populares empezaron a estudiar bibliotecología porque descubrieron que las bibliotecas eran una buena excusa para cautivar a la gente y hacer transformaciones en sus territorios. En aquel entonces, había muy pocas bibliotecas en el lado occidental de Medellín. Creo que no eran prioridad para los gobiernos. Recuerdo que solo estaba la sede de La Loma de la Biblioteca Pública Piloto, y la biblioteca de La Floresta. En San Javier El Salado, donde empezó a funcionar la Centro Occidental, no había absolutamente nada. Además de construir el edificio, el Municipio de Medellín invirtió en la primera dotación de libros, computadores y mobiliarios. Comfenalco también invirtió en dotación y se dispuso a prestar los servicios y a administrar el lugar. Era conflictiva la zona en la que empezaríamos. Había milicias populares y se

estaban conformando los Comandos Armados del Pueblo CAP. Aunque también se fortalecía la presencia del Primed, que era un programa de mejoramiento de barrios informales y tenía planes de mejoramiento de vivienda.

**CARLOS MARIO TABARES.** Lo llaman «Sade», por una de sus lecturas; exbibliotecario de la Centro Occidental:

A mediados de los noventa, el Primed estaba en la zona, mejorando los caminos, pavimentando y haciendo pasamanos. Entonces, por medio de ellos, se concluyó que sería interesante hacer un sitio artístico y cultural en ese lote, al frente de donde se construía el colegio La Independencia. Comfenalco aportó la idea de que fuera una biblioteca y los líderes comunitarios estuvieron de acuerdo. Efectivamente se necesitaba una biblioteca porque los niños y jóvenes no tenían dónde ir para hacer tareas. En 1995 empezó también la planeación del desarrollo local de la Comuna 13, que fue la primera comuna de la ciudad en crear su propio plan de desarrollo.

**ADELA ORTEGA.** Politóloga, cuentera y otros talentos:

Llegué a El Salado en 1996 y mis primeras amigas fueron Yicel Quintero y Leidy Valenzuela. Caminábamos juntas hacia nuestros colegios y fueron ellas quienes me llevaron a la biblioteca por primera vez.

**YELINETH QUINTERO.** Religiosa, educadora y risueña, otra de Las Quintero:

Ya contábamos con un lugar cercano donde poder prestar el servicio de alfabetizadores, ese trabajo social que nos exigían en el colegio. ¡Y ya no debíamos comprar los libros que nos pedían en clases!

**ADELA ORTEGA:**

Poner una biblioteca donde la mayoría de la gente no estaba familiarizada con los libros, fue un acto transgresor. Ahora la ciudad tiene becas,

estímulos y un montón de centros de lectura, como la Red de Bibliotecas Públicas que cuenta con 26 espacios por toda Medellín, más las Casas de Cultura y las 20 UVA's nuevas que hoy se hacen. Pero si nos devolvemos al año 1995, cuando empezó la biblioteca Centro Occidental, estas cosas no existían y no estaba muy popularizada la idea de los equipamientos públicos para la gente, y menos en los barrios. El pan de cada día en el barrio era ver telenovelas.

### **YELINETH QUINTERO:**

La primera vez, a mí me daba pena entrar... ¡Era algo tan bonito y diferente a lo que conocía! Daba ganas de preguntar si era necesario pagar por el ingreso. Y luego, adentro, sentía el sustico de no saber qué coger, de no ir a dañar nada porque me metía en la grande. Era ver miles de libros ¡tan bonitos y nuevos! Ya con el tiempo fui ganando confianza. En eso ayudaron un montón los empleados, que se esforzaban en que perdiéramos el miedo y lo sintiéramos como un espacio nuestro, como un derecho.

**PAULA CHAVERRA.** Ama de casa, Abuela Cuenta Cuentos, madre de Las Quintero:

La Centro Occidental se convirtió en nuestra segunda casa, para mí y para mis hijos. La lectura ha sido algo importante en mi vida. Yo antes iba a la biblioteca del centro, en La Playa. Pero tener una biblioteca tan cerca y evitarse ir hasta el centro, pagar pasajes, fue algo de verdad emocionante. Eso hizo que mis hijos fomentaran más el amor a la lectura. Disfrutábamos de la biblioteca especialmente en vacaciones porque no había dinero para pasear en otros lugares. Yo hacía los oficios temprano y en la tarde venía por libros. O me bajaba con todos mis hijos para la biblioteca. Allí los crié prácticamente. Nos metíamos en la casita de cuentos y compartíamos lecturas. Con el tiempo ya no era yo quien prestaba libros para ellos, sino que empezaron a tener su propio carné para prestar.



**CARLOS MARIO TABARES:**

Entré a la biblioteca a trabajar como vigilante. Allí conocí a John Dairo y a Wilfredy, quienes también eran personas de la comunidad. Cuando renunció John Dairo, asumió su puesto Felipe, uno de nuestros amigos. John Dairo y yo empezamos como vigilantes, y ya en el año 1996 tuvimos la oportunidad de pasar a prestar servicios en el área de Circulación y Préstamo, era junto a la entrada de la biblioteca. Empezamos carnetizando a la gente que quería prestar materiales de lectura. Comfenalco nos capacitó para atender bien a los usuarios y así llegó un cambio educativo, emocional y estructural entre la gente. Cuando entraban y les saludábamos, «buenos días, bien pueda sigan», se sentían importantes.

**YELINETH QUINTERO:**

El que pudiéramos prestar nosotras mismas los libros, siendo adolescentes, generó cierta independencia y confianza de parte de nuestros padres. Podíamos salir solas al barrio y se tenía la tranquilidad de que estábamos en la biblioteca y no había ningún peligro. Al contrario, era algo muy bueno que estuviéramos ahí.

**ANDRÉS FELIPE ÁVILA ROLDÁN:**

En principio llegué como la mayoría de gente: a hacer tareas. Entraba con un par de cuadernos, buscando paz y tranquilidad, con los materiales de consulta sobre la mesa y asesoría a la mano, en caso de requerirla. Pero una vez allí sentado, uno veía la amplitud de posibilidades. Podía inscribirme como usuario, pagando mil quinientos pesos (luego fue gratis), y podía prestar libros de entretenimiento: de Quino, Garfield, Olafo, y revistas como *Mecánica Popular* y *National Geographic*. Podía llevarme esto para la casa hasta por quince días.

En esas primeras visitas mi concepción de biblioteca forjada en el colegio cambió totalmente. Es que en la biblioteca de mi colegio uno no podía hablar y no se podían compartir los libros. Es decir, en la mesa cada persona debía conservar su libro. Éstos tampoco podían prestarse para

la casa, salvo si se llevaba el cuaderno demostrando que la tarea estaba relacionada con eso que ibas a prestar. Los préstamos, además, solo los hacían de un día para otro. ¡Colegio de curas al fin y al cabo! Entre tanto, en la Centro Occidental no tenía que demostrar nada. Me prestaban libros para regresarlos a las dos semanas y no estrictamente para hacer tareas, sino también por mero entretenimiento. Y lo admito, yo no fui a buscar *La Ilíada* en el primer préstamo, sino ejemplares como el libro de los *Guinness Records* y aquellos libros que leía y prestaba un chico de mi edad.

### **CARLOS MARIO TABARES:**

Las fichas de inscripción eran unas cartulinas verdes y largas. Casi todo se hacía manual porque no se contaba con los computadores de hoy en día. También debíamos ayudar en las labores de educar a la gente, para que no rayaran los libros ni arrancaran las hojas, porque en la comunidad no se sabía nada sobre las bibliotecas.

«EL LUGAR SE HIZO TAN CERCANO,  
QUE ERA COMO LLEGAR A TU CASA...»

**JULIÁN MARÍN.** Trabajador social, líder de jóvenes:

Las primeras veces que ingresé fue para calmar la sed. Yo jugaba con mis amigos en la cancha de fútbol. Y, cuando terminábamos los partidos, entrábamos a la biblioteca a pedir un vasito de agua.

**ADELA ORTEGA:**

El sitio empezó a ejercer una gran influencia en mi vida. Me hice amiga de sus empleados, y algunos se convirtieron en grandes referentes para mí: en lo comunitario, John Dairo Vargas; en la promoción de la lectura, Consuelo Marín; y en la coordinación, Pedro Agudelo, a quien le debo que hoy sea una politóloga. Recuerdo que pasaba días enteros en la biblioteca, hablando con el uno, con el otro. De hecho, estaba en sexto semestre de la carrera de Trabajo Social y desde el tercer semestre yo sabía que quería cambiar de carrera por las conversaciones que tenía con Pedro. Él vivía ocupadísimo, pero tras un saludo me recomendaba un libro y conversábamos. De cuenta suya me leí *Las uvas de la ira*, *Balsac y la joven costurera China* y todo un montón de literatura que reflejaba cierto

contexto político de algunos países. Esos libros que Pedro me recomendaba en cada saludo me enamoraron y me hicieron cambiar de carrera.

**CARLOS MARIO TABARES:**

El hecho de que la mitad de los primeros empleados que trabajaban en la biblioteca fuéramos personas de la misma comunidad, generó un impacto positivo desde el principio. La gente entraba y me decía: “yo te he visto... Sos del barrio, ¿verdad?”. Eso les confortaba. Ver a alguien de la misma comunidad que podía superarse, salir adelante y trabajar en una biblioteca, era inspirador. Creo que John Dairo, Wilfredy, Felipe y yo fuimos referentes importantes.

**YELINETH QUINTERO:**

Hubo un momento en que el lugar se hizo tan cercano, que era como llegar a tu casa y hablar con tus hermanos. Tanto así que, a veces entrábamos y al no encontrar a esos bibliotecarios que conocíamos, nos daban ganas de irnos y regresar al otro día.

**ADELA ORTEGA:**

Al principio buscaba materiales de lectura. Después iba y conversaba con todos los que trabajaban en la biblioteca. Luego, empecé a ayudar a ubicar libros. Cierta época en que estuve triste y deprimida, permanecía horas en un rincón de la Sala Juvenil. Los empleados sabían cuándo quería estar sola y me dejaban tranquila. Allí podía pasar días enteros.





## LA BIBLIOTECA, UN ESPACIO PARA EL ENCUENTRO

### **YICEL QUINTERO:**

El calor que hacía en la biblioteca era aterrador y siempre estaba llena de niños y niñas. No era un espacio como para ir a estudiar. Y de hecho, yo creo que no leíamos dentro de la biblioteca. No se podía leer. Era un espacio de tertulia, para encontrarse con otros, referenciar otras cosas y pasarla bonito.

### **YELINETH QUINTERO:**

Además, porque muchos de los libros que tenían el mejor contenido para hacer tareas, eran de referencia y se hacía necesario fotocopiar la parte requerida para hacer las tareas en casa.

### **YICEL QUINTERO:**

Es que no podemos olvidar que la biblioteca llevó al barrio la primera fotocopidora. Antes no había dónde sacar una fotocopia.

**ROCÍO VÁSQUEZ.** Abuela líder de la tercera edad, escritora y bailarina:

La biblioteca acogió a los adultos mayores desde el principio. Aquí hemos realizado unos encuentros maravillosos, enriquecedores, que nos fortalecen. Podemos compartir con otros grupos y conocer diversas experiencias. Nos han prestado los espacios para ensayar nuestras presentaciones de danza y hemos tenido tardes recreativas con los abuelos durante diferentes días de cada año. Hasta los abuelos hemos conseguido novios aquí. ¡Hemos pasado rico!

**ADELA ORTEGA:**

Yo leía desde siempre, desde niña. Entre los recuerdos más bonitos de mi familia están las lecturas compartidas con mamá y la narración de cuentos con papá. Leer para mí era un acto solitario, un asunto de la intimidad de la casa. Nunca lo hacía con amigos. Por eso, no tenía la experiencia de leer en colectivo, algo que aprendí en la biblioteca. Y, durante la adolescencia, la socialización es muy importante.

**JULIÁN MARÍN:**

En el barrio no teníamos Internet ni acceso a computadores. Los únicos libros que había en las casas eran las cartillas de los *cuchos*, ya desactualizadas, que no servían para nuestras tareas.

**ADELA ORTEGA:**

Nos prestaban los computadores para conocer cómo inscribirnos en la universidad y consultar si habíamos pasado el examen de admisión. Ponían recursos a nuestro alcance, temas nuevos y la posibilidad de descubrir cosas que no conocíamos. En lo mucho que leía, pasé por la mitología griega y por los descubrimientos científicos. ¡Leí hasta el diccionario...! Algo gracioso, porque sacar tiempo para leer el diccionario era la cosa más ñoña del mundo.



### **JULIÁN MARÍN:**

Entonces la biblioteca nos brindó acceso a los libros, a Internet, al conocimiento, a la información, pero no solo eso. Nunca fue un mero contenedor de libros. También nos brindó un espacio cultural, el primero de su clase en El Salado, donde empezamos a encontrarnos, a hablar, a conocernos.

### **ADELA ORTEGA:**

Sí, había algo mucho mejor que los libros y los diccionarios, y era la posibilidad de conversar con personas que también gustaban de leer. Personas que tenían otro montón de mundos en la cabeza gracias a los libros, que nos retaban el conocimiento y nos despertaban la curiosidad por saber más.

### **CARLOS MARIO TABARES:**

La biblioteca ayudó a las escuelas, porque los profesores no tenían a dónde llevar esos muchachos. Y desde las guarderías comunitarias también empezaron a hacer recorridos con los niños hacia la biblioteca.

### **YICEL QUINTERO:**

Al principio era simple curiosidad por la lectura. Entonces yo iba, prestaba libros, me los llevaba para la casa, los leía y los devolvía. Pero, poco a poco, me fui enterando de otras actividades que podía hacer y a encontrarme un montón de gente afín a mis intereses. Entonces, ya ir a la biblioteca era tener una cita implícita con mis amigos. Allá veíamos películas, conversábamos, intercambiábamos opiniones sobre lecturas y empezábamos a organizar actividades por fuera del edificio. Como también íbamos a los talleres, aprendimos a hacer un montón de cosas sin darnos cuenta. Nos formábamos una visión crítica de la vida, del barrio y de la literatura. Se crearon entre nosotros las semillitas que florecieron años después.

### CARLOS MARIO TABARES:

Muchas personas veían a la biblioteca como una simple distracción. Iban para hablar con nosotros, los empleados del lugar, a contarnos sus problemas personales. Creo que eso les ayudaba a liberar el estrés. Y nosotros nos convertíamos en algo así como sus consejeros. Problemas económicos, familiares, conyugales, todo eso lo confiaban a nuestros oídos. Nosotros pasábamos por situaciones similares a las que escuchábamos, pues algunos vivíamos en la misma comunidad, pero tratábamos de controlar nuestras emociones para poder ayudar y dar un buen consejo.



## RASGANDO LIBROS |

**GABRIEL RENDÓN.** Profesor de La Independencia, el colegio de enfrente:

Trabajo en La Independencia desde hace 20 años, lo mismo que hoy tiene la biblioteca. Y fijese que cuando los primeros profesores llegamos a trabajar aquí, el colegio estaba sin terminar y tuvimos que hacer la inscripción de alumnos en los escritorios de la biblioteca. Y, es que, desde un principio, fue un gran apoyo para la labor académica que nosotros tenemos como maestros. Yo era de los *profes* que se traía a los grupos de muchachos para brindarles una hora semanal de lectura. También sacábamos espacio para hacer inducciones sobre los servicios de la biblioteca, de modo que los chicos aprendieran a prestar y llevarse libros a sus casas. Era entonces común verles libros en sus morrales. A veces los leían en los descansos de las clases. Era un tiempo en el que los profesores del colegio La Independencia, los llevábamos a menudo y les poníamos consultas para que los estudiantes las resolvieran allí, hasta que un día los empleados del edificio nos dijeron que no les pudiéramos tantas consultas bibliotecarias, porque estaban arrancando las hojas de los libros para hacer las tareas en la casa.

### **PEDRO AGUDELO:**

Hubo un tiempo en que no querían estudiar en la biblioteca y arrancaban las hojas de los libros para hacer las tareas después. Aunque el robo y la mutilación ha sido algo común a todas las bibliotecas de la ciudad. Recuerdo un tiempo en particular que tuvimos que lidiar con una bandita de muchachos que mutilaba la biblia para armar cigarros de marihuana. Al principio no entendíamos por qué la biblia terminaba tan deshojada. Y alguien nos contó que la estaban dañando para eso, para hacer baretos. Como el papel bíblico era delgadito y como satinado, era especial para ellos. La biblia terminó bastante mutilada por culpa de esa bandita, y los directorios telefónicos también. El que mandaba en esa bandita era un tipo duro al que le decían *El Loco*. Hicimos varias campañas con afiches y carteles contra eso. Pero eran campañas que se hacían en todas las bibliotecas de Comfenalco, con pendones que rotaban de un lugar a otro. Porque, como dije antes, era un problema de las bibliotecas en general, no solo en El Salado.

## A DESCUBRIR LA CIUDAD

### **PEDRO AGUDELO:**

En cierta ocasión, nos preguntábamos qué hacer para que los adolescentes nos ayudaran al orden. Entonces, creamos el «Grupo de Amigos de la Biblioteca». Les enseñábamos sobre el buen uso de los materiales de consulta y les llevábamos a descubrir el mundo que había adentro de los maravillosos libros. También les dimos un carné. Para ellos ese carné era algo importante y lo exhibían orgullosos, porque los hacía parte de algo. La mayoría de esos chicos no conocían la ciudad; por ello, organizamos salidas en bus para que conocieran la Universidad de Antioquia y disfrutaran de parques recreativos y el zoológico. Hasta que esos niños y adolescentes crecieron y cada cual tomó su camino. Algunos de ellos terminaron desaparecidos tras la «Operación Orión». En ocasiones, preguntaba a los niños: ¿usted qué quiere ser cuando sea grande? Y algunos *pelaitos* decían que querían ser milicianos. Las chicas decían que querían trabajar en casas de familia, como lo hacían sus mamás. Tiempo después, volvía a preguntarles y respondían diferente: yo quiero ser astronauta, yo quiero ser como el protagonista del cuento tal. Incluso, un chico me llegó a decir: yo quiero ser el coordinador de

la biblioteca. El mundo que ellos no podían conocer, lo conocían por medio de los cuentos que leían y las películas que veían en la biblioteca. Empezaron a proyectarse y así nació gente que hoy hace cosas por la ciudad.

## EL HAMBRE DE FRENTE

### **PEDRO AGUDELO:**

El mundo empezó a expandirse, a ser algo más extenso que el barrio El Salado y la vida que por allí se tenía, con milicias populares, con las dificultades, con el hambre. Porque allí uno también veía el hambre de frente. Yo vi el hambre allá, hermano. ¡Y me impresionaba mucho!, porque era una zona que estaba tan solo veinte minutos del centro de la ciudad. Uno habría de imaginarse que la pobreza, el hambre y las necesidades estaban en el campo colombiano. Pero eso se encontraba ahí, en las goteras de la ciudad; ahí, entre los niños que pasaban casi todo el día en la biblioteca. Y uno les preguntaba: «¿ustedes por qué no han ido a almorzar?» «Es que mi mamá se va por la mañana y no viene hasta por la noche, y a nosotros nos toca quedarnos todo el día en la calle», respondían. Se quedaban días sin almorzar y de pronto habría algo en las noches, cuando llegaran sus madres. A veces, decían que les gustaba estudiar en semana y no los fines de semana. «¿Y por qué no te gusta los fines de semana?», preguntábamos. «Porque en el colegio nos dan alimentación y los fines de semana nadie nos da nada».

También conocí la historia de unas hermanitas que vivían al frente de la biblioteca, pasando la quebrada, que cazaban tórtolas para comer.

A veces llegaban a la biblioteca comiendo y les preguntábamos: «¿qué están comiendo?» «Es que cazamos unas tórtolas...»

Y no era solo el hambre. También el hacinamiento en que vivían. En ese tiempo caminábamos mucho y hacíamos recorridos por las calles del barrio. Y los niños le llevaban a uno los libros con las hojas y las carátulas mordidas. «¿Qué pasó con este libro?», preguntábamos. «Es que en mi casa no hay dónde guardar los libros, entonces toca meterlos bajo la cama y los ratones se los comen», respondían. Esos libros ya no podíamos prestarlos por tener las hojas ruñidas por los ratones. Y tampoco podíamos cobrárselos a los niños. ¡Cómo íbamos a hacerlo! Las casas de algunos de ellos eran tan pequeñas, que la sala, la alcoba, la cocina y el baño estaban en un mismo ambiente. Y si querían jugar, debían meterse bajo la cama, junto a los ratones. Jugaban encima de la cama solo cuando las mamás no estaban.

En muchos de esos hogares tampoco había autoridad paterna. Los niños se criaban sin sus papás, solo con las madres y las abuelas. Y nos dábamos cuenta porque cuando estaban necios, brincando en la biblioteca, al final les decíamos: ¡vamos a llamar a tu papá! «Ja, ja, ja, como yo no tengo papá», respondían. ¡Entonces, vamos a llamar a tu mamá! «Ja, ja ja, como mi mamá está por fuera todo el día». «¿Usted con quién vive?» «Con mi abuelita». A la sazón, sentíamos que no había a quién ponerle una queja. Es que a veces eran exageradamente necios. Sin embargo, empezamos a entender que esos niños eran más necios cuando tenían hambre. Y algunos no se bañaban. Quizá, por el calor y el hambre se ponían a brincar y a hacer bulla todo el día en la biblioteca.



## EL MUNDO QUERÍA CONOCERLA |

### **PEDRO AGUDELO:**

Desde el principio fue una biblioteca bonita y llegaban a conocerla personas de otras partes del país, y del mundo. Al ingresar, algunos de esos extranjeros exclamaban: «¡Uy, esta biblioteca tan bonita en un lugar tan feo!» Por mucho tiempo fue la biblioteca más visitada de Comfenalco. Creo que de algún modo era un orgullo para la Caja de Compensación, porque era la única biblioteca que tenían en una zona con tantas dificultades sociales y económicas. Gloria Rodríguez, la directora de la Red de Bibliotecas de Comfenalco, nos llamaba varias veces al mes para decirnos que llegaría de visita con algún extranjero, de Brasil, de España, de Chile, entre otros, que quería conocer el trabajo del Sistema de Bibliotecas. Es que no era común ver una biblioteca pública con buenos servicios en sectores populares de Medellín. Y la impresión que se llevaban esos extranjeros era inmensa, viendo a los niños que entraban, algunos descalzos, sin camisa, o mocosos y sin haberse bañado. Porque, como en todo Medellín, en la Comuna 13 hay gran presencia de niños. Allí, usted levanta una piedra y aparece un niño; ellos eran los que más visitaban la

biblioteca. Entraban comiendo, correteaban y gritaban todo el día. Nosotros, los trabajadores del lugar, los invitábamos a adoptar una cultura bibliotecaria idónea.

**ADELA ORTEGA:**

Siento que ha tenido unas colecciones interesantes, sobre todo, para los niños, a pesar de ser una biblioteca pequeña. Han invertido en libros infantiles muy buenos que estimulan la imaginación y que yo no he encontrado en otras bibliotecas; entre ellos, *El libro negro de los colores*, el cual es para chicos invidentes y constituye un ejemplar maravilloso. Sabemos que los niños que van a la biblioteca no tienen libros así en sus casas. *El libro de los seres que nunca existieron*, es otro que solo he visto en Centro Occidental y en Comfenalco de La Playa.

**DAIRO GIRALDO.** Educador y líder social:

Nosotros iniciamos una biblioteca comunitaria en el sector de Villa Laura, a unos dos barrios de distancia de la Centro Occidental, y empezamos a ir para conocer cómo prestaban sus servicios. De inmediato me encantó el orden y lo bonita que era. Entonces, empezamos a compartir amistades, experiencias y eventos. Llevábamos grupos de jóvenes a los que les enseñaban en el colegio Eduardo Santos, y con los que trabajábamos en Belencito con la biblioteca comunitaria. Cruzábamos barrios enteros para visitar la Centro Occidental y así los chicos conocían el territorio. En aquella época, entre los años 1998 y 2001, esta biblioteca tenía diversas actividades. Nos invitaban porque teníamos una relación de amistad y de trabajo.

**JUAN RAFAEL FERNÁNDEZ PÉREZ.** Actual coordinador de la Biblioteca Pública Centro Occidental:

Hace como seis años vine a traer a un chileno y a un peruano, bibliotecólogos, trabajadores de ministerios en sus países. Llegaron de visita a la ciudad y el lugar al que yo siempre traigo a los extranjeros es a la

Biblioteca Centro Occidental. En ese entonces, no coordinaba esta sede, sino la sede de Colombia; no obstante, valoraba la experiencia de esta biblioteca porque tenía mucha historia y estaba en una zona «pobre». Habíamos llegado en un carro; cuando regresábamos al centro de la ciudad, el chileno se sentó a mi lado, me miró y me dijo: «*Güevón*, esto no es una comunidad pobre. ¡Comunidad pobre! Váyase a Lima para que vea los lugares donde hemos tenido que trabajar, donde ni siquiera hay alcantarillado, no hay energía eléctrica y no hay calles pavimentadas. Aquí sí hay calles y están bien pavimentadas». Quedé pensativo... Ahí comprendí que esta no era una comunidad pobre.



## EL AMOR ENTRE LIBROS |

### **PEDRO AGUDELO:**

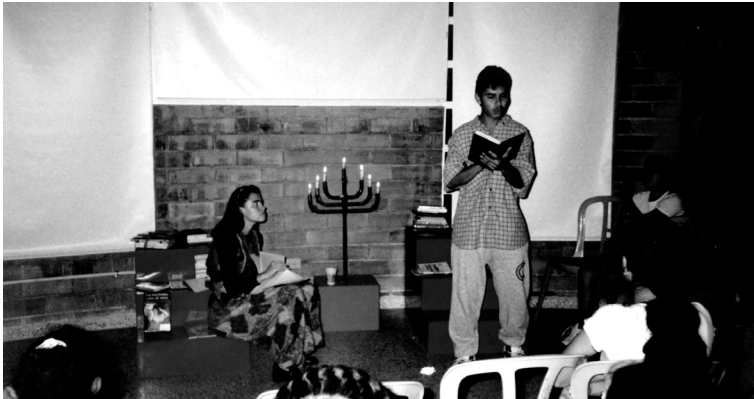
A Claudia, mi compañera, también la conocí en la biblioteca. Ella trabajaba como promotora de lectura durante media jornada, por las tardes. Nosotros vivimos juntos, pero no estamos casados. Es lo mismo, quizá. Así le pasó a mucha gente, porque, como sabemos, la biblioteca era un espacio de encuentro, no solo de lectura. Mucha gente no iba allá a leer, sino a buscar novio o novia, porque las chicas llegaban a hacer sus tareas y los pelaos acudían a mirarlas, a ver qué encontraban. Todas las chicas de la zona confluían en la biblioteca.

### **ANDRÉS FELIPE ÁVILA ROLDÁN:**

Mi primera novia la conocí en uno de los encuentros culturales de la biblioteca llamado «Al calor de la palabra». Ella fue a curiosear y me atrajo muchísimo. Lo primero que pensé fue: «esta monita no es de este barrio». Tiempo después vi que seguía yendo y tuve la buena suerte de que ya era amiga de John Dairo, el referencista. Eso me dio la oportunidad de hablarle con algo de confianza. Fuimos novios un tiempo, pero la terminé dejando porque ella no se dejó seducir por esos círculos de libros, lecturas y actividades culturales que eran tan bacanas para mí. Ella decía «qué pereza eso»; y bueno, lo nuestro se acabó.



## CANTERA Y LOS NOVATOS DE LAS LETRAS



**RÓBINSON ÚSUGA.** Periodista:

Los martes la Centro Occidental cerraba a las seis de la tarde, como los otros días de la semana. «Hasta pronto», «mañana nos vemos», «que te vaya bien», decían los visitantes y servidores en la puerta, antes de que ésta se cerrara, pero las luces seguían encendidas. Yo transitaba por allí, a paso largo, con la frente sudando. Llegaba del colegio, cursaba el último grado. Corría para cambiarme de ropa, comía veloz la cena que mi madre servía. «Mijo, ¿para dónde va?», ella preguntaba. «¡Ma, hoy es taller lite-

rario en la biblioteca!», le respondía. «Bueno, la virgen lo acompañe», me bendecía, acostumbrada a mi emoción de los martes. «¡Ma, la virgen ya no es virgen!», yo le replicaba desde la distancia.

La biblioteca cerrada y las luces encendidas: señal inequívoca de existencia humana. -*Toc, toc*-. Carlos Mario abría. «¿Qué estás leyendo?», le preguntaba. «¡Ahh, *Justine*, depravado!» Le decíamos así cada que le veíamos un libro del Marqués de Sade, su autor favorito. Carlos Mario, *Sade*, se crió en el barrio. Pensábamos que sería sacerdote porque de adolescente era sacristán de la capilla La Divina Pastora, la iglesia de El Salado, y estuvo por un tiempo estudiando en un seminario. Pero le ganó el gusto por las mujeres.

En 1995 tenía 19 años y vendía saldos de exportación de Coltejer, la empresa textilera, cuando recibió una oferta para desempeñarse como vigilante de día de la nueva biblioteca del barrio, la Centro Occidental. Allí, empezó a devorar libros como nunca antes en su vida y a obsesionarse por el filosóficamente impúdico Marqués de Sade.

Los martes, esperábamos la llegada del poeta. -*Toc, toc*-. Podía verse, a través de los vidrios de la puerta, una nariz alargada (quizá un poco árabe), abundante cabellera y unos ojos negros sumidos en una mirada profunda y lánguida. Porque John Galán miraba como habrían de mirar los poetas, con serenidad. Él era un poeta.

**JOHN GALÁN CASANOVA.** El poeta de *El coraz´n portátil* (Medellín, 1999):

Los talleres de literatura y escritura empezaron en la Biblioteca de Comfenalco Guayabal. El primer taller se llamó «Ojos de Poeta», con un resultado tan convincente, que la Caja de Compensación se entusiasmó y decidió abrir talleres similares en otras bibliotecas, entre ellas la Centro Occidental, a la que siempre recordaré por su dragón gigante. Era comienzos del año 1999 y cuando llegué, el lugar conservaba ese olor a nuevo, parecía recién construido y brindaba un ambiente muy acogedor. A los niños se les veía contentos y la colección de literatura empezaba a crecer.



### RÓBINSON ÚSUGA:

Nuestro taller literario se llamaba «Cantera». El nombre lo había propuesto la joven Milena Sierra, una mujer sonriente, de voz firme y fuerte carácter, de piel canela. Lo sacó de nuestro territorio, de nuestra identidad. De los yacimientos de arena, grava y barro que abundaban por este lado de la ciudad desde tiempos remotos. Por varios años «Cantera» se convirtió en una cueva literaria para novatos de las letras. Nos veíamos los martes a las siete de la noche. En el primer encuentro, John Galán sacó un encendedor de su viejo y roído bolso de cuero. Y, antes de empezar, encendió un velón blanco que situó en medio de nosotros. Sorprendidos por esa calidez fulgurante que acostumbrábamos ver solo en las iglesias, algunos nos apresuramos a preguntarle: «¿qué significaba esa vela encendida?» Y con esa paz en el pecho que lo caracterizaba, él nos respondió con la misma pregunta: «díganme ustedes, ¿qué significa?» «Conocimiento, luz, esperanza, paz», muchas cosas dijimos y todas eran ciertas. «Eso significa», dijo el poeta.

### YICEL QUINTERO:

John Galán Casanova tenía un *Coraz'n portátil*. Así titulaba uno de sus libros, sin la «o», nada más con la tilde. Hablaba con unos labios carnosos y masculinamente delineados que acariciaban cada palabra que pronunciaba, mientras nos llevaba hacia Borges, Onetti, García Márquez... Pero no se quedaba en Latinoamérica, entre pasos de chamán nos conducía al mundo de la literatura escrita por otros grandes. Jamás olvidaré *Las cenizas de Ángela*, de Franc McCourt, libro que me presentó y que hasta ahora conservo entre mis favoritos.

### RÓBINSON ÚSUGA:

A veces comprábamos panes y calentábamos chocolate. Comíamos y bebíamos entre bocados de crónicas, rimas y metáforas. Otras veces hacíamos el trencito y saltábamos como si fuera un carnaval. Y todas las veces empezábamos la sesión con «la respiración de árbol», que era un ejercicio de yoga coordinado por John Galán y que nos dio mucha risa la

primera vez que lo hizo. En «Cantera» aprendimos de la literatura, de las lecturas compartidas en voz alta, además de la estimulación de la mayoría de nuestros sentidos.

#### **ADELA ORTEGA:**

Yo recuerdo mucho «Al calor de la palabra» porque era algo bonito, con sus presentaciones de cada mes, siempre únicas: con teatro, música, cuentería, poesía, todo alrededor de una fogata. Aunque para mí, la actividad cultural de la biblioteca más transformadora fue el taller literario «Cantera». Participé de él durante cuatro años. Y gracias a «Cantera» escribí los primeros relatos de mi vida.

#### **JOHN GALÁN CASANOVA:**

A pesar de la guerra, solo una vez nos tocó cancelar el taller. De resto, nos reunimos siempre, manteniendo una relación amistosa y cálida en nuestro encuentro con las letras. Logramos crecer porque la gente que estaba allí era comprometida y disciplinada. Hicimos varios encuentros con los integrantes de los cinco talleres literarios de Comfenalco. Les llamábamos los encuentros de «Raíz de Cinco» desde que publicamos nuestro primer libro de relatos. El título del libro fue ese, *Raíz de Cinco*. ¡Teníamos una energía impresionante! Gracias al taller literario muchas personas encontraron razones para jugársela por sus vocaciones.

#### **RÓBINSON ÚSUGA:**

Inicié la carrera de Artes Plásticas con el sueño de graduarme como Maestro en Artes Plásticas y ser pintor, pero deserté en el segundo semestre para estudiar Periodismo en la Universidad de Antioquia. *Raíz de Cinco* fue el libro que me dio la primera oportunidad como escritor. Ver mi nombre impreso al lado de mis primeros poemas, los cuales surgieron en los encuentros de «Cantera», me dio un aliento definitivo. Quería perseguir mi vocación, como lo hizo el poeta bogotano John Galán Casanova cuando nos dijo adiós en el año 2003. ¡Yo quería ser escritor, como todos esos señores a los que habíamos leído! Entonces, continué en

el proceso cuando llegaron otros escritores para hacerse cargo del taller literario: primero Carlos Sánchez, quien también era periodista; más adelante Pedro Arturo Estrada, quien transpiraba poesía. Espíritus nobles, todos ellos.

### **ADELA ORTEGA:**

Al inicio de cada taller, John Galán Casanova hacía lo que llamaba la *respiración del árbol*, un ejercicio de yoga. ¡Para mí era magia pura! En ese momento ignoraba de qué se trataba. Ahora que me gusta practicarlo, identifico que la *respiración del árbol* es una fusión oriental entre la postura del *árbol* del yoga y movimientos del hapkido.

Esa manera de empezar era un ritual y «Cantera» tuvo mucho de este componente. Los que estábamos en ese grupo amábamos la literatura, ¡soñábamos con ser escritores! Y allí, surgió la semilla de la promotora de lectura, de la narradora, de la politóloga que soy. Pues, me vestí de mí misma, y me ayudó a orientar mi vida profesional.

### **YICEL QUINTERO:**

Hoy, a la luz de mis años y con mi experiencia como Licenciada de Humanidades y Lengua Castellana, puedo decir que «Cantera» fue uno de los espacios de mayor calidad y aprendizaje en literatura que he tenido. Tal vez, ello me condujo a donde hoy me encuentro: disfrutando de mi Maestría en Literatura y Producción de Textos; y, convencida de que los libros, los buenos, son un regalo para el alma y una de las formas de la felicidad.



# EL LEGENDARIO DRAGÓN DE ESPUMA

## **PEDRO AGUDELO:**

Gloria Rodríguez, la entonces directora del Departamento de Cultura y Bibliotecas de Comfenalco, decía que ese domo dejaba un espacio muy interesante para hacer una decoración. Entonces, buscamos a alguien del barrio que pudiera hacer algo. Y dimos con un hombre joven que venía a leer a la biblioteca. Nos hizo una propuesta de un dragón y nos gustó. Se puso en la tarea y, días después, tuvo que pedir prestado el colegio para armar el dragón allí, pues en su casa no le cabía.

## **RÓBINSON ÚSUGA:**

La Centro Occidental era pequeña, de ladrillo y ventanas grandes, estaba en el único sitio del barrio donde el terreno era plano. Una cuadra más arriba, empezaban a ascender los caminos y todo se convertía en pendiente: colinas, escalas y pasadizos entre barrancos. Era un privilegio que estuviera allí, en el camino, entre la ruta del bus... ¡Para visitarla no existía excusa!

Las paredes del edificio eran redondeadas como una torre, unas columnas pintadas de colores sostenían la estructura por dentro; un edificio pequeño, sí, pero nosotros y otros espacios del vecindario también lo éramos: las casas, los callejones e incluso la capilla donde los domingos se celebraba la misa de las siete de la noche.

Aunque pequeña, la biblioteca era la edificación pública más grande que había en este lado de la ciudad, y en sus dos pisos albergaba tantos libros como nunca antes habíamos visto. En la parte central del techo, las tejas transparentes formaban un domo rectangular que dejaba caer luz a borbotones hasta el primer piso, una cascada resplandeciente iluminando los pasillos y resaltando la asombrosa presencia del dragón que descendía desde lo alto, justo frente a las narices de los visitantes.

#### **YICEL QUINTERO:**

Era un enorme y magnífico dragón verde elaborado en espuma, en una de sus garras sostenía una perla de icopor. ¡Era realmente fantástico! Sus escamas, sus ojos vivaces y la cola, le daban una apariencia de movimiento, de vida: parecía que aquel monstruo era el guardián de los libros y que estaba allí para protegerlos con su fuego. Durante los años que estuve en la biblioteca, ese dragón se robaba mi mirada por varios minutos, por la imponente imagen que proyectaba.

#### **PEDRO AGUDELO:**

Para muchos niños, el espacio bibliotecario fue en principio un destino turístico: llegaban para conocer el dragón. De hecho, cuando hicimos nuestro primer concurso de cuento para conmemorar los diez años de la biblioteca, el dragón fue un personaje recurrente en los textos presentados.

#### **ADELA ORTEGA:**

Siempre que recuerdo la Centro Occidental, viene a mi mente el dragón y algo en mí se dispara, pero caigo en la cuenta de que ya no está; una de mis referencias siempre será esa criatura.

Los espacios ahora están mejor señalizados, aunque la sentía con mayor familiaridad en aquel entonces. Quizá se deba a que los trabajadores de aquella época también se convirtieron en amigos para la vida; se fueron de la biblioteca y sigo teniendo contacto con ellos. Para mí, la biblioteca ahora es mucho más formal e institucional que antes.







## RECUERDOS DEL BARRO |

### **RÓBINSON ÚSUGA:**

Un año después de la Operación Orión en la Comuna 13, justo cuando se exhalaba en las calles de El Salado una tranquilidad que era tensa y extraña, los funcionarios de la Biblioteca Pública Centro Occidental idearon una exposición que fue un viaje a través del tiempo: instalaron cochinitos, vasijas y floreros de barro en sus dos pisos. Añadieron fichas descriptivas en las que se vislumbraban los orígenes de aquel poblado y sus alrededores durante el siglo XVIII.

Piezas que reseñaron la génesis de las primeras viviendas hechas por esclavos afrodescendientes y fugitivos (escondidos del régimen de opresión del hombre blanco); los pobladores que construyeron sus primeras casas con tapia y bareque; los conocedores de los secretos para cocer el barro en forma de vasijas, y constituyeron las primeras familias de alfareros, dejando su legado a futuras generaciones...

La exposición se llamó “Huellas de Barro” y se mantuvo durante todo el mes de septiembre de 2003.

### **JULIÁN MARÍN:**

Yo estaba en quinto de primaria cuando vi la exposición «Huellas de Barro». Se hizo con las matronas alfareras de El Salado. Ellas también ofrecieron un taller de alfarería en el colegio La Independencia. Aprendimos a modelar el barro de las manos de la señora Tulia Paniagua, doña Blanca y la señora Rodríguez. Con ellas hicimos jarrones y materas. Mucho tiempo después, estando ya viejo, hice conciencia de lo bonito que fue esa experiencia para recuperar nuestra memoria desde el barro.

### **JUAN RAFAEL FERNÁNDEZ PÉREZ:**

Además de la muestra, teníamos la posibilidad de comprar ollas y materas; yo adquirí algunas que regalé a una hermana, a mi madre y a mi suegra. Mi madre aún conserva esos preciados objetos y, en uno de ellos, hacemos el famoso sancocho de olla de barro. Años después, a mi suegra se le quebró su olla y decidió conservarla, empleándola como matera.

## LAMENTACIONES DE GUERRA |

### **RÓBINSON ÚSUGA:**

La Comuna 13 de Medellín ya tenía un problema desde la década de los ochenta: los habitantes se habían acostumbrado a resolver sus conflictos por cuenta propia a causa del abandono estatal y la deficiente cobertura en políticas públicas de vivienda, educación, salud, recreación y seguridad. A consecuencia de lo anterior, algunos jóvenes del mismo sector empezaron a integrarse a grupos de milicias populares y a establecer mecanismos de control social mediante el uso de las armas.

Estas milicias tenían apoyo y soporte en grupos guerrilleros y se arraigaron firmemente en los barrios populares de la Comuna 13 hasta la década de los noventa. Aunque la mayoría de integrantes de las milicias populares eran jóvenes del mismo sector, y conocidos entre la comunidad, sus acciones dentro de estos grupos generaban informalidad entre la población civil. Y salvo casos excepcionales, las milicias eran vistas con miedo, impotencia y resignación.

Desde finales de la década de los noventa, Medellín sufrió un proceso de recrudecimiento del conflicto armado con la filtración masiva de grupos paramilitares en la Comuna 13, y se generó, entonces, una disputa

de grandes proporciones entre las milicias, paramilitares y la Fuerza Pública, con una duración de dos años y consecuencias irreparables, incluso en nuestros días.

### **GABRIEL RENDÓN:**

A mí, el sector y la gente me han gustado mucho. Solamente una vez intenté irme, cuando sucedió eso de la guerra. En ciertos días tuvimos que cerrar el colegio y aplazar las clases de los estudiantes. En cambio, la Centro Occidental no cerró: «esto es como un oasis», decían los estudiantes. Fue la época en que la biblioteca se hizo más importante para todos.

### **YELINETH QUINTERO:**

La vida nos cambió. Antes podíamos andar a cualquier hora de la noche y no nos pasaba nada, pero se volvió peligroso. Fue una época de miedo, de permanecer encerrados en nuestras casas, tanteando el ruido de las explosiones y las balas para ver si había forma de salir a la universidad.

### **YICEL QUINTERO:**

Las balas que retumbaban amenazantes, ávidas de morder la vida, hicieron que dejáramos de mirar las estrellas y los libros, y nos arrojaron a una dura, muy dura realidad. Hasta entonces para mí «La Comuna 13», como la conozco hoy, no existía. De hecho, ni sabía que estaba en esa comuna, aunque los noticieros, mostrando muertos a causa de los enfrentamientos, me lo hicieron saber.

### **ADELA ORTEGA:**

La guerra fue como si arrancaran de tajo la magia. Se acabaron los espacios de disfrute cultural, como «Al calor de la palabra», y «La hora del embrujo», una tertulia literaria que creamos los viernes en la noche en la casa de John Dairo. El taller literario «Cantera» se cambió para los sábados en la tarde y disminuyó la asistencia de público. Perder esos es-

pacios fue para mí algo muy doloroso. En un contexto de guerra los espacios culturales parecen perder toda su vigencia: entendí que el miedo es un arma y en ese territorio el Estado también la ha usado.

### **JULIÁN MARÍN:**

Para mucha gente del barrio, la biblioteca fue un lugar de protección. Todos los que estábamos en la cancha jugando, cuando se daba un enfrentamiento entre los grupos armados, corríamos hacia la biblioteca. Esta, siempre nos abría la puerta y la cerraba después para que no saliéramos durante los enfrentamientos.

Creo que eso permanecerá en la memoria de muchos de los *pelaos* del territorio, porque en ese periodo la biblioteca nos acogió, no solo para protegernos físicamente, sino también para ayudarnos a superar lo que nos estaba pasando. La biblioteca procuró mantener funcionando sus procesos bibliotecarios en un contexto de guerra.

### **YELINETH QUINTERO:**

Ya daba miedo estar en el segundo piso de la biblioteca, por temor a que ingresaran disparos a través de las ventanas. De hecho, salir a cualquier lugar del vecindario se había vuelto algo muy inseguro. Cuando salías del barrio y te encontrabas policías y militares en el camino, sabías que habría balacera segura. La biblioteca estaba en el centro del conflicto, entre los actores armados legales que subían y los milicianos que bajaban disparando desde arriba.

### **YICEL QUINTERO:**

Al lado de la Centro Occidental quedaba un morrito, un barranco, desde el cual lanzaban un explosivo que anunciaba la presencia de los militares. Era una papa bomba arrojada por un campanero para que los demás milicianos estuvieran alertas. Y, justo después de esa explosión, empezaba la balacera. Como esto ocurría cerca de la biblioteca, comenzaron a cerrarla más temprano. Los primeros tiroteos sucedían por las

noches, por eso algunas de las actividades bibliotecarias nocturnas fueron canceladas, y a veces las vespertinas. Cuenteros y poetas dejaron de visitarnos como lo hacían antes. El conflicto explotó la burbuja mágica en la que vivíamos.

#### **ADELA ORTEGA:**

Uno de los integrantes de «Cantera» estaba en las milicias. Yo no lograba concebir cómo toda esa sensibilidad, toda esa belleza que él ponía en lo que escribía, podía compaginar con salir a patrullar y estar dispuesto a matar “yo no podía con eso”.

Me volví prevenida, él me hablaba y no sabía qué responderle, ni si sería lo adecuado. Eso es el miedo, fui consciente de lo que es, lo empecé a ver como arma. No era necesario dispararle a nadie porque el miedo estaba instalado como dispositivo de amenaza en nosotros.

Muchas veces encontré la biblioteca cerrada, o iba y tenía que quedarme encerrada porque afuera había una balacera, por lo que empecé a visitarla menos. A consecuencia, lo que hacían Pedro y Consuelo era recomendarme libros para llevar y leer en casa.

#### **YICEL QUINTERO:**

Nosotros éramos «Cantera», *el biblioclub, discípulos de John Galán Casanova, amigos del dragón*. Pero la realidad nos impidió seguir visitando la biblioteca. Se volvió riesgoso bajar a nuestro paraíso. Ciertamente, corrían peligro nuestras vidas porque eran cada vez más frecuentes los enfrentamientos. Las balas se veían danzar de un morro a otro, silbando, gritando, mordiendo la espalda del que huía o de quien intentaba refugiarse en su humilde casa. Tuvimos grandes pérdidas, entre ellas la vida de algunos amigos, además de lo más valioso de las nuestras: la libertad.

#### **PEDRO AGUDELO:**

Desde entonces, muchas personas se han concentrado solo en ese capítulo de la guerra y cómo la biblioteca resistió. Llamaban de periódicos como *El Tiempo*, *El Espectador*, *El Colombiano* y otros medios, pero lo

único que les interesaba era los muertos. Recuerdo, incluso, que fueron de un periódico de la Universidad de Antioquia; dos horas les boté corriente hablándoles de los programas que teníamos y lo único que sacaron fue un fragmento de cuando empezó una balacera y muchos *pelaos* corrían a esconderse en la biblioteca. A los periodistas solo les interesaba lo que sucedía con la guerra y a nosotros se nos volvió un tema muy aburridor.

**YELINETH QUINTERO:**

Recuerdo un domingo que salimos a trotar y en el camino nos encontramos a un grupo de soldados, quienes nos preguntaron: «¿y entonces qué, muchos milicianos allá arriba?». «Señor, usted sabe que nosotros no podemos decir nada», respondió una de mis amigas. «Qué va, todas estas hijueputas deben ser novias de los milicianos». Así nos trataban los militares... Eran muy groseros con la población.

**YICEL QUINTERO:**

Desde aquella época, yo veo ese uniforme verde y me da pavor, porque eran personajes sumamente agresivos. En aquel momento me sentí agredida por el Ejército.

**YELINETH QUINTERO:**

Nos trataban mal, como si todos tuviéramos que ver con los milicianos.





## EL NAUFRAGIO DE LA BIBLIOTECA |

### **JULIÁN MARÍN:**

En el año 2005, la Alcaldía y Empresas Públicas de Medellín decidieron construir un colegio de calidad para ampliar la cobertura de la Institución Educativa La Independencia. Fue algo que recibimos bien y se generó entre nosotros una gran expectativa. Pero a medida que se avanzaba en la construcción, advertimos efectos contraproducentes para el territorio porque ese colegio negaba la arquitectura popular de nuestros barrios. Es decir, tumbaron el tejado y construyeron ese colegio enorme como una nave espacial que en nada se parecía a la arquitectura espontánea del barrio. Hicieron un monstruo que no sabíamos qué representaba exactamente a través de su diseño.

Si observamos la infraestructura de nuestros barrios y casas, los colores y sus materiales (los materiales con que se hizo el colegio viejo y los materiales con que se hizo la biblioteca Centro Occidental), y los comparamos con el «mega-colegio de calidad», encontramos que se trata de materiales distintos.

El nuevo colegio no se parece a nada que nosotros reconozcamos en el territorio. Incluso, el diseñador fue un *man* ahí que estudió en Europa.

Entonces, desde el mero diseño empezamos a chocar con el colegio de calidad, porque no estuvo concertado con nuestra gente y fue impuesto por la Empresa de Desarrollo Urbano (EDU).

Entre otras cosas, hubo algo que trajo graves consecuencias para la Biblioteca Centro Occidental, pues había algo que no cuadraba desde el principio y era la adecuación de los senderos a las afueras del nuevo colegio. Las carreteras y los andenes no tenían lógica. Se construyó una carretera que rodeaba a la biblioteca y que quedaba por encima de la entrada a la misma. De manera que, la biblioteca quedó abajo, en un zaguán.

#### **PEDRO AGUDELO:**

El tema de las inundaciones fue por una irresponsabilidad de los ingenieros. Cuando hicieron esa berraca vía por encima del nivel de la entrada de la biblioteca, nosotros les preguntábamos a los ingenieros cuando los veíamos: «¿qué pasará cuando llueva con esa vía así por encima?» «Tranquilos, con el desnivel que tiene, no alcanza a que la biblioteca se inunde», respondían. Después se fueron los ingenieros y con cualquier lloviznita el agua se nos entraba.

#### **JULIÁN MARÍN:**

Yo no sé a quién se le ocurre en esta ciudad construir una cosa de esas, sin prever que si pongo una carretera por encima de la biblioteca el agua se va a meter al lugar cuando llueva. Bueno, así ocurrió: en 2007 se dejó lista la carretera para que los vehículos pudieran acceder al nuevo colegio y la biblioteca se nos empezó a inundar. Nadie respondió por el daño durante un buen tiempo. Ni la interventoría de las obras, ni la EDU, ni la empresa consultora. Y Comfenalco quedó ahí como maniatado. Los libros, los computadores, las sillas, todo se jodía en las lluvias. El agua se colaba por la puerta principal y la biblioteca tuvo que cerrarse.

#### **PEDRO AGUDELO:**

Entonces, la biblioteca no se podía abrir por ahí hasta la una de la tarde porque había que escurrir pantano toda la mañana. Algunos muebles

de la zona infantil se dañaron; eran de esos muebles hechos con material aglomerado que se infla al contacto mínimo con el agua “con la humedad eso se esponjó”. Con cada nubarrón nos poníamos nerviosos.

**JULIÁN MARÍN:**

Fueron entre un año y medio o dos de lucha permanente para que se reabriera la biblioteca. ¡Fue complejo! La gente del barrio pidiendo que se reabriera el espacio y en la ciudad poco se escuchaba su clamor.

**JUAN RAFAEL FERNÁNDEZ PÉREZ:**

Fue una época complicada... Teníamos un convenio con el municipio de Medellín en el que nos entregaron la parte física de la biblioteca, o sea el coco, para que nosotros la dotáramos y administráramos. En vista de que Comfenalco no podía pegar un solo ladrillo en un espacio que no le pertenecía, y teniendo en cuenta de que el municipio de Medellín no prestaba atención a nuestras solicitudes y a los reclamos de la comunidad, en Comfenalco se pensaba que una de las mejores decisiones era retirarse del espacio y del convenio de administración de la biblioteca.

**BLEIDY CÁRDENAS. Líder comunitaria:**

En aquel entonces, decían que Comfenalco quería irse de la zona porque había disminuido la asistencia de la gente y porque la violencia continuaba. Pienso que la violencia no es una razón para que los sectores públicos y culturales se alejen. Recogimos cientos de firmas para que eso no sucediera.



## «¡ABREN LA BIBLIOTECA O CERRAMOS LA CALLE!»



### **JULIÁN MARÍN:**

Pasamos a la acción. Organizamos una batalla de raperos afuera de la biblioteca, como si fuera una pelea de gallos en defensa del lugar. Invitamos a raperos del barrio a que cantaran y batallaran entre sí con temas relacionados con la cultura, la literatura y el arte en la comuna.

Conseguimos revistas de Hip Hop, DVD's y discos para premiar al ganador. Esa fue la primera acción de resistencia y exigencia para que se reabriera la Centro Occidental. Pero no fue la única...

### **BLEIDY CÁRDENAS:**

En plena crisis creamos una mesa de trabajo para la defensa de la biblioteca, y la moderadora era Natalia Espejo, de la Biblioteca San Javier. Vinieron representantes de otras bibliotecas de la ciudad y gente de la Alcaldía. Ante ellos, exponíamos las desventajas de cerrar la Centro Occidental. Julián Marín estuvo al frente de esa mesa.

### **JULIÁN MARÍN:**

De nuevo promovimos conversaciones con gente de la Secretaría de Cultura de Medellín, de Comfenalco, de la Empresa de Desarrollo Urbano, pero fue infructuoso. Entonces, nos juntamos con más gente, con las Dalías, que son bailarinas de la tercera edad del barrio El Salado, y convocamos a más raperos con la ayuda de la ACJ Medellín, Jóvenes de la Comuna 13.

El 13 de junio de 2009 nos plantamos frente a la biblioteca y dijimos: si este lugar lleva cerrado año y medio, entonces nosotros vamos a cerrar la calle de El Salado todo el día, a partir de las doce del mediodía.

### **ROCÍO VÁSQUEZ:**

Nos dolió bastante porque un centro cultural como este no se podía cerrar, por eso apoyamos las manifestaciones. Incluso, solicitábamos que nos escucharan una petición adicional: una ampliación del edificio y un auditorio grande para hacer encuentros multitudinarios.

### **URIEL CALLE. Líder social, «Rey»:**

Después de esas protestas, logramos que la Centro Occidental reabriera y fuera mejorada. Mejorada en lo físico, claro está, porque en lo humano el servicio siempre ha sido magnífico. Los libros solos no hacen

una biblioteca. Creo que la biblioteca ha prevalecido por el hecho de ser administrada desde el principio por Comfenalco Antioquia, que es una institución privada. Si fuera del municipio nada más, posiblemente ya se hubiera ido. Y yo creo que ya no se va: si no se ha ido, ya nunca se irá.

**BLEIDY CÁRDENAS:**

Ya luego nos tranquilizaron, diciéndonos que no, que la biblioteca en ningún momento iban a cerrarla, que tendría más apoyo por parte de la Alcaldía, que Comfenalco iba a estar ahí. Y ya nosotros, los que manejábamos grupos, empezamos a llevarlos más a menudo a la biblioteca para que no permaneciera sola.

**JUAN RAFAEL FERNÁNDEZ PÉREZ:**

Menos mal la comunidad presionó, y mucho. Con base en esa presión nosotros no nos retiramos de esa comunidad ni del convenio de la biblioteca.

**ADELA ORTEGA:**

Cuando la reabrieron, siguió siendo la biblioteca de todo mi amor, pero ya no podía estar como en los primeros años debido a mis ocupaciones. Tiempo después volví y empecé a trabajar allí haciendo reemplazos de vacaciones. En 2010 reemplacé un mes a Felipe Ávila. Posteriormente, trabajé en la nueva biblioteca de San Javier, que se convirtió en la centralidad de los servicios de bibliotecas en esta zona.

**URIEL CALLE:**

La mesa para la defensa de la biblioteca se ha mantenido y fortalecido. Se realizan sesiones mensuales en las que interlocutan diferentes entes (gubernamentales y no gubernamentales), en pro de los servicios de la Centro Occidental, para hablar sobre el trabajo y cómo se puede mejorar. He empezado a asistir a estas reuniones y me parecen muy interesantes.





## HOY, CUANDO PIENSO EN LA BIBLIOTECA...

### **ADELA ORTEGA:**

Siento que soy una de esas personas que son el resultado del proceso de la biblioteca en El Salado. Allí me dieron una beca para aprender cuentería y esta se ha convertido en una faceta importante de mi vida. Sé que el mundo de la academia no es la única forma de vivir, pero a mí me ha aportado en autonomía para la vida.

Cuando llegué a la zona, las aspiraciones de las mujeres estaban relacionadas con el servicio doméstico. No se pensaba en la posibilidad de ir a la universidad y los entornos inmediatos no convidaban a eso. El cambio fue radical y ahora hay un montón de profesionales que también viven ahí o que tienen una gran relación con el territorio. Siento que eso lo brindó la biblioteca, y fue precisamente el mayor aporte que nos hizo: ampliar los imaginarios, enseñarnos mundos posibles y que nuestros límites fueran los de la imaginación.

### **YICEL QUINTERO:**

Estoy absolutamente convencida de que, si no fuera por ese espacio mágico que representa la Biblioteca Centro Occidental del barrio

El Salado, muchos de nosotros y de los que vinieron después, habríamos atesorado menos sonrisas, menos aventuras, menos amigos y nuestra vida tendría un poco menos de felicidad.

#### **DAIRO GIRALDO:**

Comfenalco Antioquia ha hecho el inmenso trabajo de permanecer en el tiempo, manteniendo las puertas abiertas de la Biblioteca Pública Centro Occidental. Espacios bibliotecarios como este son agradables y necesarios. Soy testigo de que aquí en la Centro Occidental llega y permanece la gente; esta biblioteca es el complemento educativo para la juventud, niños y niñas que estudian cerca, aporta paz y tranquilidad a la zona, y es un referente de lo que la Comuna 13 necesita.

#### **JUAN RAFAEL FERNÁNDEZ PÉREZ:**

La Biblioteca Centro Occidental es un proyecto muy importante para Comfenalco Antioquia, porque es la única sede que se tiene en la Comuna 13. Ha sido durante estos 20 años un interesante laboratorio social para la Caja, porque le ha permitido, con base en la experiencia de trabajo comunitario, llevar esta misma a otras comunidades del departamento de Antioquia.

Reconozco que últimamente la relación que la biblioteca sostiene con el municipio de Medellín se ha fortalecido. En las últimas Alcaldías el convenio se ha vuelto más generoso: ya no aportan solamente el edificio, sino que también contribuyen con recurso humano y físico. Ya casi nos vamos con el cincuenta y cincuenta por ciento en la distribución de responsabilidades.

#### **PAULA CHAVERRA:**

Yo me hice «Abuela Cuenta Cuentos» para servir en la biblioteca desde antes de ser abuela de verdad. Hace años que me cambié de barrio, pero decidí que no podía abandonar este sector, donde tengo amigos y conozco a todo el mundo. Como me gusta la lectura, los cuentos infanti-

les, trabajar con niños y con la comunidad, entonces, para mí ha sido muy divertido la animación a la lectura.

**ANDRÉS FELIPE ÁVILA ROLDÁN:**

Yo no era un amante de los libros ni de las actividades culturales, hasta que la biblioteca llegó a mi comunidad. Sé que muchos amigos de aquel entonces “con quienes aún conservo el vínculo”, tendrían una vida absolutamente diferente si en sus historias no hubiera estado presente la biblioteca.

**ADELA ORTEGA:**

Cuando uno sueña, lo hace con los lugares que conoce y ama. Yo sueño recurrentemente cómo era la biblioteca, que es un referente de lo que amé, de la casa, del hogar, de lo familiar. Yo amo el conocimiento, y allí aprendí a amarlo más: aprendí métodos para acercarme a este; aprendí que era infinito y nunca terminará...



## LA HISTORIA CONTINÚA... |



A partir del año 2012 se renovó el personal en la Biblioteca Pública Centro Occidental. Los nuevos trabajadores, provenientes de distintos rincones de la ciudad de Medellín y del Valle de Aburrá, llegaron para hacer parte de esa gran historia construida en torno a la pequeña biblioteca.

### **ESTIVEN OCAMPO BEDOYA.** Auxiliar de Biblioteca:

Recuerdo que llegué la segunda semana de octubre de 2013. Gran parte de la información que tenía sobre la Comuna 13 era negativa y tenía miedo de trabajar en este lugar. Pero al estar aquí y al habitar el espacio, y conocer a la gente, me di cuenta de que no era cierto lo que decían. Estuve

influenciado a pensar desfavorablemente de la comunidad; ahora puedo decir que laborar en la Centro Occidental ha sido una de mis mejores experiencias en bibliotecas... Esta es la casa de los niños todo el día.

**BIBIANA ORTIZ.** Gestora de Información:

El nuevo equipo de trabajo ha creado vínculos de afecto y confianza con la comunidad, como sucedía antes. Sabemos que esta ha sido una biblioteca con magia y nosotros queremos alimentarla.

En todo este tiempo los programas han cambiado y ahora nuestro fuerte está en el trabajo que realizamos en Jornada Escolar Complementaria (JEC) desde la Red de Bibliotecas de Comfenalco Antioquia, dentro del cual hemos llevado a los participantes a la Fiesta del Libro y la Cultura en el Jardín Botánico de Medellín, y al Campamento JEC que cada dos años realiza Comfenalco, en el que ellos pueden compartir con cientos de niños, niñas y jóvenes de otras Instituciones Educativas del departamento de Antioquia. JEC es un programa que desde la modalidad «Plan de Lectura», plantea prácticas de lectura, escritura y oralidad; la apropiación de la memoria y la identidad local; y, ejercicios de formación y participación ciudadana que, entre otras cosas, posibilitan la lectura del territorio y su contexto.

La estrategia del Campamento se desarrolla en el Parque Los Tamarindos, en el municipio de San Jerónimo. Es grandioso poder sacar a algunos de los estudiantes que participan del programa en la Comuna 13 para que conozcan, disfruten y aprendan de otros espacios de Medellín y Antioquia.

**JUAN RAFAEL FERNÁNDEZ PÉREZ.** Coordinador de la Biblioteca Pública Centro Occidental:

Como esta es la puerta de entrada a los barrios El Salado y Nuevos Conquistadores, muchos jóvenes que estaban en sus colegios, llegaban primero aquí antes de entrar en sus casas. En ocasiones traían noticias nuevas de sus asuntos, de sus triunfos o sus derrotas. Primero, las traían aquí y luego las llevaban a sus casas, como Celeny Espitia: una tarde

llegó feliz porque se había ganado un torneo de gimnasia artística. Llegó exhibiendo un trofeo enorme y en su casa ni siquiera lo sabían todavía. Es que la biblioteca siempre es como el segundo hogar. Y hay que ver un sábado por la mañana cómo llegan los niños en pijama a pedir turnos en el computador.

**ALEXANDRA PUERTA.** Auxiliar de Biblioteca:

Al llegar a la Centro Occidental ya tenía un poco de conocimiento sobre la Comuna 13: había visto documentales sobre las operaciones Orión y Mariscal, y me conmovía saber toda esa violencia que el Estado ejerció en esta zona. Algo que me parecía curioso era que recibíamos llamadas, como en los tiempos de aquel conflicto, de algunas mamás preguntando si en la biblioteca se encontraba el hijo o el sobrino.

Más que temor, tenía solidaridad con la gente cuando llegué aquí a trabajar. Conocí y me encontré con algunas personas que habían vivido la guerra, y me sorprendió que, siendo tan golpeados por la violencia, muchos de ellos tuvieran tanto amor para dar.

**BIBIANA ORTIZ:**

Aunque no permanezco tanto tiempo en esta sede, solo dos veces a la semana, entre las bibliotecas que tengo a cargo, esta es mi más consentida. Algo similar les sucede a los turistas cuando llegan a visitar la Comuna 13, especialmente por los lados de las escaleras eléctricas, quienes se van con la idea de que esta es una comuna donde la gente es muy amable y cariñosa.

**JOAN ANDRÉS GUZMÁN.** Promotor de Lectura de la Biblioteca Centro Occidental:

Al arribar a un nuevo puerto siempre habrá otro mundo por descubrir. La realidad y la ficción son fecundas en relatos que incluso alcanzan proporciones universales. Así nos lo confirman la historia y la literatura. Descubrir un nuevo mundo tiene sus riesgos: la conquista de una cultura

a otra para la obtención de recursos y el sometimiento, son apenas dos de los peligros que pagaron algunos pueblos de antaño, y de la imaginación.

Cuando arribé a la Biblioteca Centro Occidental, los horizontes de un nuevo mundo se abrieron ante mí: una comunidad simpática y resiliente que carga una historia de flagelos sociales cuyo eco violento ha resonado en todo el mundo, y cuyo vínculo con la biblioteca es tan entrañable como el amor por la vida misma, porque ha sido un espacio para cultivarla.

Mis compañeros de biblioteca me acogieron con cariño: Nancy Mejía, Estiven Ocampo, Juan Rafael Fernández, Beatriz Alzate y Bibiana Álvarez. *Bibi*, como aún la llamamos todos de cariño, preparaba sus bártulos para emprender un viaje a otro puerto, a otro espacio bibliotecario que requería de su amor y pasión para promover la lectura. Por los avatares de la vida, me correspondía tomar su lugar, y a ello nos preparábamos.

¡Fui conquistado...! Casi de inmediato me subyugó la magia poderosa de *La Pequeña Biblioteca*. El encanto del lugar arrobó mi espíritu, la calidez de sus moradores, su empatía y deseos de continuar sembrando la vida, me envolvieron en vivencias con las cuales he enriquecido mi tránsito de manera incalculable. Esos son los únicos peligros que he corrido.

#### **LAURA VILLA PEÑA.** Auxiliar de Biblioteca:

Aún recuerdo cuando llegué hace un par de años a la Biblioteca Centro Occidental. Por esos días venía a realizar un apoyo todavía como provedora; iba a hacer algo en realidad corto y no se me había cruzado por el pensamiento el hecho de que llegaría a enamorarme tan profundamente de este espacio, de su comunidad y aún más de mi trabajo. Después, empecé un nuevo camino apoyando desde el Servicio de Información Local, área que me permitió consolidar, ratificar y asegurar ese cúmulo de emociones lindas y la pasión que me generaba esta biblioteca.

Como dicen por ahí, *el hijo pródigo vuelve a casa*, y en mi caso sí que aplica. Estuve durante un año en otra sede bibliotecaria de Comfenalco, y hoy tengo el privilegio de encontrarme nuevamente acá, en el lugar que me hace sentir acogida y que ha visto mi proceso de crecimiento, que me ha brindado oportunidades para cumplir mis sueños y ser feliz.



EPÍSTOLAS A LA BIBLIOTECA  
CENTRO OCCIDENTAL



## ESCAPAR |

Crecí con los mismos amigos del vecindario hasta los catorce años. A partir de esa edad empezamos a dejar los juegos de la infancia que nos mantenían unidos: las escondidas, la chucha cogida, el cero contrapulsero, los paseos a los charcos en la parte alta de la Comuna 13... Y nuestros caminos empezaron a separarse. Empezábamos a crecer. Había acabado el tiempo de jugar y de momento parecía que esperábamos algo más de la vida. ¿Pero qué? No lo sabíamos. Nunca hablábamos de ello. Sí, éramos adolescentes y solíamos parlotear de todo un poco: de carros y de motos, de los programas de televisión, de los vecinos, de la vida en el barrio. Pero temíamos hablar de nuestro propio futuro. Ninguno sabía cuáles eran los planes del otro. ¿Había planes? Quién sabe. Parecía que eran más los miedos que los planes. En el fondo, no sabíamos con exactitud qué haríamos con nuestras vidas. Le temíamos al futuro y por eso no lo invocábamos. Es que eran pocas las opciones y le temíamos al fracaso.

*Los años maravillosos* era una de nuestras series favoritas. La veíamos en la casa de nuestro amigo Oswaldo. Y vimos en la serie cómo Kevin Arnold, el protagonista, se hizo grande y se fue a la universidad. Y allí acabó todo. Terminaron sus años maravillosos de la infancia y empezaba su vida de adulto. Pero era fácil imaginar que tendría una promisoriosa vida

de adulto porque Kevin era un joven norteamericano y sus padres le facilitaban que pudiera ir a la universidad. ¿Pero nosotros? Nosotros éramos adolescentes colombianos, habitantes de una de las comunas más pobres y violentas de Medellín. Nosotros no iríamos a la universidad.

Mis amigos no eran malas personas, pero siento que fue ese silencio inexorable respecto del futuro lo que hizo alejarme de ellos. Yo era un soñador. Quería creer que era posible obtener un cupo en la universidad. Pero no encontraba con quién compartir ese sueño. Todo a mi alrededor pregonaba lo mismo: no, tú no irás a la universidad; tú venderás tintos y cigarrillos en la calle, como tu madre; tú serás un reciclador, como tu padre. Entonces, empezó a crecer en mí el deseo de escapar. ¿A dónde? No lo sabía. Cada mañana al despertar y en las noches, antes de irme a dormir, solo brotaba el mismo deseo: escapar... Escapar de esas calles y caminos del barrio Nuevos Conquistadores. Escapar de la Comuna 13. Escapar de Medellín. Escapar de mi propia familia. Escapar de mí.

Pero aquello era imposible. Es que yo era un cobarde. Además, había nacido con la marca de la pobreza y quienes recibimos ese ilustre sello al nacer, tenemos poquísimas opciones. No podemos escapar. La pobreza nos muerde los talones.

★

—¿A dónde vas?

—A la biblioteca.

Esa pregunta y esa respuesta se volvieron algo habitual en mi vida. Primero me preguntaban mis amigos cuando estábamos sentados en alguna acera y yo simplemente me aburría y me ponía de pie para marcharme. Después preguntaba mi madre cuando me veía desayunar apurado. Todos se encogían de hombros cuando se daban cuenta de que iba hacia la biblioteca. Nadie me decía: «fantástico, iré contigo». Era evidente que las bibliotecas eran algo aburrido para la gente de mi barrio.

Yo iba allí porque entre los libros había encontrado el modo de escapar sin irme realmente. Mis pies en el barrio, pero mi mente en otro lugar.

Mi imaginación viajaba en el tiempo. Subía hasta las nebulosas. Surcaba entre el polvo estelar.

Mepecé a darme cuenta de que no necesitaba drogas para huir de mis problemas. Los libros se convirtieron en mi fármaco, mi alucinógeno, mi buena y agradable dosis diaria de amnesia, los cuales hacían que el tiempo pasara rápido y entre las horas pudiera olvidar que se vivía en ese barrio colmado de aburrimientos y violencias.

Seguía siendo un pobre diablo de un barrio pobre de las periferias de Medellín, pero los libros de la biblioteca Centro Occidental enriquecían mi existencia. Me enriquecían en historias. Me hacían más fuerte.

✱

–¿Por qué querías escapar del barrio? –Andrea me preguntó.

–Porque me sentía obligado a estar allí –respondí.

–Y sin embargo sigues regresando. ¿Por qué?

–Porque todo ha cambiado. Ahora es una elección. Además, llego siempre al mismo lugar donde alguna vez fui feliz: la Biblioteca Centro Occidental.

Siempre sentí que a la Biblioteca Centro Occidental le hacía falta una ducha. También una cocina donde yo mismo pudiera prepararme los alimentos y una cama para hacer la siesta después de una jornada de intensa lectura. La ducha era más necesaria en los días de verano, cuando los chicos estábamos de vacaciones y pasábamos más tiempo en el lugar.

En las tardes el sofoco era bestial. Las aspas de los ventiladores eran derrotadas por el calor y nuestras cabezas ardían como cerillas.

Cuando se acercaba la noche se disipaba el calor. Llegaba el momento de aceptar con dolor el cierre de la biblioteca e irse cada cual para su casa.

A veces no quería regresar a mi casa. Quería que la biblioteca tuviera un cuarto para mí con cuadros de *Queen*, de *The Doors* y de *Pink Floyd*. Apagar yo mismo las luces y dormir entre los estantes de historias y manuscritos, cobijado por las sábanas de la literatura.

A veces no quería que fuera la biblioteca del barrio El Salado de la Comuna 13. Quería que fuera mi mansión. Una mansión colmada de libros. Destapar una botella de ron, servirme en un vaso con limón y soda, y sentarme a contemplar los libros de mi Biblioteca Centro Occidental.

✱

Era el día. Desayuné a las carreras, me bañé desordenadamente y corrí a la Biblioteca Centro Occidental. En una cartelera publicaban los resultados de las pruebas para ingresar a la Universidad de Antioquia. Allí lo vi, cuatro mil uno, el número mágico. Brillaba entre hileras de números grises. Eran los dígitos que confirmaban que yo, Róbinson, a los diecinueve años de edad había logrado un cupo en la universidad pública.

Wilfredy, el empleado de la biblioteca, notó mi alegría.

–¿Qué...? ¿Pasaste a la U? –me preguntó.

– (...) –asentí sin palabras y con un brillo en el alma.

Al fin, llegaba el momento de escapar.

**RÓBINSON ÚSUGA HENAO.**

## MEDELLÍN, 21 DICIEMBRE DE 2020

Hace 25 años inauguraban, a pocos metros de mi casa de infancia, una de las bibliotecas más bellas y vitales de Medellín. En ese momento no tenía idea de que la Biblioteca Comfenalco Centro Occidental sería tan importante en mi vida, que me señalaría un camino acompañado de grandes historias y autores entrañables. No sé si aquel lugar me salvó o no la vida, pero estoy seguro de que por mucho tiempo fue mi refugio de cuentos.

Siendo adolescente recuerdo a mi mamá preguntándome por qué mejor no me iba para la biblioteca en lugar de pasar las tardes frente al televisor, jugando en solitario o leyendo una y otra vez un montoncito de revistas de Condorito. Mi respuesta, para que no insistiera, era que llegaría el día en que estaría allí metido todo el tiempo. Y más que tener un sentido figurado, esas palabras se volvieron augurio.

No solo fui durante años usuario frecuente, que llegaba en las tardes buscando conversa y libros, sino que —a propósito de aquel augurio involuntario— me convertí en bibliotecario de esa casa de libros que tenía un dragón enorme en el centro. Su cola bajaba desde el techo y su enorme cabeza quedaba mirando hacia la puerta. Sin excepción, todos

se quedaban mirándolo con cierto asombro cuando entraban movidos por la curiosidad, el gusto o la necesidad.

Quienes cruzábamos aquella puerta, generábamos curiosamente cierta cercanía. Sin que nadie lo asegurara, sentíamos algo distinto al estar allí. Éramos un grupo de creyentes dentro del barrio, creíamos en el poder de los relatos y de la literatura. Algunos nos convertimos en una pequeña camada de jóvenes que, influenciados por aquella biblioteca, habíamos decidido ser estudiantes universitarios, una verdadera rareza de un barrio atravesado por la inequidad, la poca presencia estatal y una guerra como nunca se había visto, ni se vería luego en ninguna urbe de Colombia. Fue tal la magnitud de esa violencia, que todo cerró sus puertas como huyendo de un terrible virus mortal. Todo cerró, menos la biblioteca pública, que permaneció como el lugar donde las personas podían sentarse a conversar tanto que hasta serían capaces de solucionar los problemas del mundo en una tarde.

Qué habría sido de nosotros si nos hubiéramos aferrado al resentimiento y no a esas historias que aún hoy nos habitan y que llegaron gracias a aquella biblioteca sobreviviente de las balas, las inundaciones e incluso los momentos de incertidumbre. Qué habría sido de nosotros sin ese lugar perenne para encontrar grandes amigos, resolver preguntas vitales, encontrar lo que no se está buscando, disfrutar los libros, enamorarse, pegarse de la red Wifi o hacer una siesta...

Por ello, aún hoy en cierta distancia, confío en la idea de que la Centro Occidental, biblioteca donde crecí y a la que le debo un irreductible interés por las historias, tiene por destino brillar para siempre desde ese pedacito de la ciudad, porque no está contenida en sus adobes rojizos sino en el cariño infinito de todos aquellos que la hemos conocido.

**ANDRÉS FELIPE ÁVILA ROLDÁN**

Coordinador Fomento de la Lectura

Bibliotecas Comfenalco Antioquia



## GENTE CON MUCHA VITALIDAD |

No sabía nada de la Centro Occidental, y mucho menos sobre la operación Orión, cuando me dijeron que iba para allá, en febrero de 2017. Solo había visto un corto animado llamado *La biblioteca salvadora* y pensé que era un lugar especial por todo lo que se había vivido allí. Durante el primer mes observé mucho, estuve inmersa en la sala del Servicio de Información Local, escudriñando sobre la historia de la comuna. Me sorprendió ver todas las organizaciones sociales y culturales que había.

Antes de tener un contacto más cercano con los niños, jóvenes y adultos, mis compañeros de trabajo (en ese entonces, Bibiana, Nancy, Estiven y Alexandra) me contaban que los usuarios sentían como propia la biblioteca. Para muchos de ellos no solo era un lugar donde podían ir a prestar libros, sino que era un paso necesario y anhelado en el día a día, parte de sus rutinas: un segundo hogar. Desde temprano, llegaban los señores y jóvenes a consultar la prensa y la sección de deportes. Al mediodía confluían estudiantes de todas las edades de La Independencia, el colegio aledaño; era el momento de más ruido y alboroto en la biblioteca. En las tardes algunas maestras traían a sus estudiantes y las madres comunitarias aparecían con sus niños a cargo para disfrutar de la sala infantil y la bebeteca.

Me enteré de que la comunidad se había movlizado años atrás contra el cierre del edificio: sin sus fervientes manifestaciones, tal vez esta biblioteca ya no existiría. Yo noté algo, principalmente en los jóvenes: hay entre los callejones de esta Comuna 13 una juventud incómoda que cree en su talento. ¿De dónde viene esa incomodidad? Quizá del contexto, y ellos quieren cambiarlo. Podía ver a varios de esos jóvenes en los programas que realizaba la biblioteca; algunos más ingresaban a leer lo que les gustaba; otros llegaban con sus computadoras portátiles y se conectaban a Internet.

En el 2017 sucedió algo extraordinario en la biblioteca, algo que no se realizaba desde hacía mucho tiempo: se creó un taller de escritura. Allí hubo un encuentro entre generaciones de jóvenes y adultos. Eso me agradó... Supe que esta era una comunidad donde los adultos querían contar historias y los jóvenes estaban dispuestos a escucharlas. Es que algunos jóvenes no conocían toda la historia del barrio o la historia de la biblioteca, y deseaban que alguien se las contara.

La verdad, tenían muchas razones para visitar la biblioteca: algunos decían que iban porque estaban aburridos en la casa o no se aguantaban más a sus madres. Otros iban en busca del silencio, como Deivy, de 15 años, quien una vez dijo que la biblioteca era el lugar más silencioso del barrio. Pero lo que sí tenían la mayoría de los jóvenes que allí entraban era que les gustaba escuchar historias. También les gustaba charlar y hacer preguntas.

Sobre el ambiente de estos barrios, algunas personas me alertaban de peligros, pero yo me sentía segura con la comunidad. Caminaba entre la estación del Metro y la biblioteca, de ida y regreso, porque confiaba en las personas que me encontraba al andar. Me gustaba caminar el barrio y contemplar la vitalidad de su gente.

**BIBIANA ÁLVAREZ RUIZ**

Promotora de lectura

## FRAGMENTOS DE UN TESORO |

«Las paredes de su alta habitación están demasiado cercanas; querría ver las estrellas si fuese posible».

*Los apuntes de Malte Laurid Brigge, Rainer Maria Rilke.*

### **Amada Biblioteca Centro Occidental:**

Atesoro un fragmento de tu existencia en mi corazón, pues, hoy gozo el privilegio y la fortuna de formar parte de ti, de tu historia, al ser un testigo y partícipe de la obra que vienes tejiendo desde que naciste hace 25 años, en medio de una comunidad y de muchos servidores que te han celebrado, disfrutado y vivido desde entonces, incesantemente.

El tiempo suele ser un concepto que como bien lo dijo el físico Albert Einstein, es relativo, y hay quienes afirman que tiene tantos significados como la cultura y la ciencia. Hasta el notable físico alemán, quizá tomó prestada la concepción del tiempo de los indios Hopi del Norte de América. Y, apelo a la relatividad no solo del tiempo, sino a la del espacio, porque sobre tus anaqueles guardas miles y miles de historias, conocimientos que a la humanidad le ha tomado siglos construir a lo largo y

ancho del mundo; y, tu historia comprendida en dos décadas y media, está contenida en miles y miles de corazones que han habitado parte de sus vidas a lo largo y ancho de tus programas y servicios bibliotecarios para erigir conocimientos, significados diversos, en un lugar brevísimo del mundo: tu pequeña edificación.

Cuando pienso, escucho y leo acerca de cómo creciste en un territorio que viene adoleciendo un sinfín de problemáticas desde sus primeros asentamientos, donde la guerra y la violencia son solo la punta del *iceberg*, me conmuevo; y, por lo que significa resistir, además medrar en tales circunstancias, me asombro. Pocos lugares se ganan el afecto y respeto de su comunidad de tal modo, pues ni el bicho letal de la violencia desmedida logró penetrar tu coraza hecha de las más altas aspiraciones de lo humano, que no son otras distintas al anhelo del resto de las instituciones, gobiernos, y humanidad en general, que en principio buscan contribuir para que el mundo sea un mejor lugar donde habitar.

Quiero compartirte, mi amada Biblioteca Centro Occidental, cómo desde muy niño supe que entre los libros, las bibliotecas y yo, habría un vínculo muy íntimo y perenne, un acuerdo tácito entre nosotros, desde mucho antes de que lograra comprender sobre la grandeza de los libros y de las bibliotecas, puesto que algo recóndito me hablaba del valor inconmensurable que poseen: recuerdo que en casa había un mueble junto al cual solía pasar largos y plácidos instantes. Dicho mueble guardaba unos libros ajados ya por el tiempo, a lo sumo también por el uso de su antiguo dueño, cuyos nombres y apellidos resaltaban en la primera página de cada ejemplar. Yo los organizaba y limpiaba con esmero; hojeaba sus páginas atiborradas de letras una tras otra. Nada me decían porque aún no leía. Con el pasar de los años, le fui adicionando nuevos libros que le regalaban a la familia, añejos y hasta lastimados algunos.

Cuando me hice joven y conseguí nuevos amigos, que a su vez eran amigos de los libros —mucho más que yo que solo los cuidaba—, y me enseñaron acerca de los secretos de esa amistad, volví al viejo mueble donde aún reposaban los libros de la casa, gracias a que la abuela consideraba que botarlos era un sacrilegio. Varios de ellos estaban casi despedazados, lo cual no constituyó un impedimento para arrojarme sobre

sus páginas. Conocí a Jorge Isaacs, Edmundo De Amicis, Walter Escott, Alejandro Dumas, Julio Verne, Mark Twain, y otra legión de autores que enriquecieron mi vida como nunca antes lo hizo algo, dentro de los que no puedo dejar de mencionar a Nietzsche y Schopenhauer, quienes me abrieron la mente y el espíritu.

Cuando ya no tuve más libros en la pequeña biblioteca de la familia, acudí a las otras pequeñas bibliotecas de mis amigos, y a la de una tía, porque la de mi colegio era casi un lugar prohibido. En la posteridad, tuve el regalo de conocer las bibliotecas públicas; y, más adelante, la dádiva de trabajar en la Biblioteca Pública Comfenalco Niquía. Fue a la postre que llegué a ti, el 10 de agosto de 2018, tan solo hace dos años y medio, a contribuir con mi ser y mi hacer, con todo mi amor, a tu legado y misión en la Comuna 13 de la ciudad de Medellín, uniéndome a la pasión por las bibliotecas de muchos otros.

Como la vida está conformada por ciclos, siendo ella misma un ciclo en sí, entiendo que algún día deberé irme de tus bellos e insignes aposentos a otras latitudes, con grandes riquezas atesoradas en mi espíritu. Como es natural lo anterior, de momento celebro con infinita alegría tu quinto lustro: agradezco profundamente ser parte de ti, y el hecho de que, no importa dónde me encuentre, un cordón umbilical incorpóreo, hecho de sueños conseguidos, personas y aprendizajes, nos vinculará en tanto la consciencia y la memoria me acompañen. Y, ¡cuánta alegría siento...! Un fragmento de tu existencia atesoro en mi corazón.

**JOAN ANDRÉS GUZMÁN**

Promotor de lectura

21 de diciembre de 2020



## MI QUERIDA BIBLIOTECA CENTRO OCCIDENTAL...

**Hoy celebras 25 años de existencia, ¡qué poco tiempo para todo lo que has hecho...!**

Es posible que haya conseguido amarte tanto como algunos reyes de la antigüedad amaban a sus bibliotecas. Ellos asaltaban barcos en busca de pergaminos, yo tuve la ocasión de asaltar la buena fe de muchas personas para ayudarte un poco, es la suerte que tuve como pirata de la lectura. Pero eso no es nada grandioso ni exclusivo; al igual que yo, muchas personas más han luchado para que estés hoy vestida de plata, mi pequeña Babilónica.

Te quiero decir que cuando era un chiquillo, que deambulaba extraviado por la comuna 13, más exactamente en el **20 de Julio** y **La Colina**, ya te soñaba: no lo vas a creer, pero así era, no existías y ya te soñaba.

Era inconforme, por suerte, no me bastaba soñarte, así que me junté por esos días con unos chicos, y encaramados en la **Independencia número uno** le dimos vida a la **Biblioteca Nuevos Caminos**, esa biblioteca luego se bajó para el **20 de Julio** hasta que desapareció, pero llegaste tú, de manera definitiva, y acogiste el mundo que te rodeaba. Ni siquiera un gigantesco **Parque Biblioteca** en **San Javier** logró acabar con tu existencia. Recuerdo que una vez se discutió tu continuidad, pero tu grandeza hizo

que “reyes” del momento ni siquiera consideraran tu exterminio, todo lo contrario, barcos como Comfenalco Antioquia y la Alcaldía de Medellín juntaron espadas y escudos para mantener tu vigor, influencia, elegancia y donaire, en este territorio estratégico, dragona babilónica.

Recuerdo que cuando llegaste todas las casas se vistieron con nuevos colores y los niños aprendieron a ponerse sus mejores trajes para oír los cuentos que salían de tu interior. Como dragona emplumada abrías tus fauces, pero no era fuego lo que expelías, sino un aliento tibio que atraía niños que en tu vientre de libros convertías en pequeños guerreros blindados contra los vicios y la guerra. Detrás de ellos, llevados por la curiosidad, también se internaron jóvenes y adultos que salían fuertes y se tomaban de las manos creando círculos gigantescos para defenderte de la crueldad de la guerra, y te acariciaban, y cuidaban tu plumaje multicolor mientras del cielo caía una constelación de fuego que llegó a parecer perpetuo.

Te cuento todo eso porque crecí, como tú. Y ya no he tenido que mendigar libros, y he podido ver cómo nos salvas sin descanso de la barbarie, a nosotros, habitantes de este suelo que pisas, mi pequeña babilónica, dragona emplumada, centro de vida, Centro Occidental. Tú, que te has hecho indestructible e invencible mientras pasan los años. Algo te debemos y espero que saldemos esa deuda algún día: **un auditorio**, para aumentar tu poder y leyenda.

Te amo pequeña biblioteca, agigantada en medio de la ciudad de los besos y las balas. Esa ciudad que ha desafiado la ignominia con faraónicas bibliotecas. ¿Cómo has conseguido sobrevivir?

**LUIS BERNARDO YEPES OSORIO**

Escritor, bibliotecario y promotor de lectura

Medellín, pandemia, diciembre 21 de 2020





Biblioteca Pública Centro Occidental, 21 de diciembre de 2020.



Esta obra, editada por Comfenalco Antioquia,  
se terminó de imprimir en Medellín,  
en agosto de 2021.

«Esta publicación recoge, precisamente, los testimonios de algunos usuarios que han sido impactados con los servicios bibliotecarios, los cuales han contribuido al desarrollo. Es el resultado de encuentros y conversaciones con el escritor y periodista Róbinson Úsuga Henao, quien también fue tocado en su vida por «La Centro Occidental». A través de distintas voces, el lector encontrará momentos vividos por los usuarios que disfrutaron, y disfrutaron, de los programas y las páginas de los libros que han sido compañía en los momentos más aciagos y felices».

PRESENTACIÓN, JUAN RAFAEL FERNÁNDEZ PÉREZ.

ISBN 978-958-8479-25-5



9 789588 479255



CONVENIO:

Comfénalco  
Antioquia



SISTEMA DE  
BIBLIOTECAS  
PÚBLICAS DE  
MEDELLÍN

bpp

BIBLIOTECA  
PÚBLICA  
PILOTO



Alcaldía de Medellín